

PORTUGAL, IGNORADO

Ultimamente observo, con gran satisfacción por mi parte, la dedicación que esta revista viene prestando a distintos aspectos de la cultura portuguesa, así como a otras culturas que no son, por decirlo de alguna manera, muy conocidas.

Resulta lamentable que un país vecino al nuestro sea un enigma para la mayoría de los españoles. No dudo que habrá razones históricas convincentes que expliquen esta indiferencia secular, de la que ambos países pueden ser culpables, aunque nosotros lo seamos en mayor grado.

Es difícil encontrarse en España con personas que gusten de leer a Castelo Branco o a Eça de Queiroz; los últimos que sintieron interés por ellos fueron algunos escritores del 98 (al decir esto pienso, sobre todo, en Unamuno). Los nombres de Antero de Quental y Almeida Garrett, por ejemplo, son prácticamente ignorados. En cuanto a la nueva generación de escritores portugueses, y a pesar de mi gran interés por ellos, tengo que confesar que me son absolutamente desconocidos por falta de información adecuada y porque no se encuentran con facilidad traducciones, y mucho menos obras originales, a pesar de que

contrarlo, y hacía tiempo que estaba agotada; naturalmente, no habían pensado siquiera en reimprimirla.

Me parece que estando a dos pasos de Portugal, el estar interesado en su cultura no debía constituir labor tan ardua como la de un coleccionista de tallas chinas de la dinastía Ming. Después de todo, somos ibéricos, y nada de lo ibérico debería sernos ajeno. ¿O sí? ■ **AFRICA MARTEACHE. Mondragón (Guipúzcoa).**

«LA ETERNA NIÑA» QUE NO LO ES

Permitanme objetar sobre la carta publicada en la sección «Lectores» de TRIUNFO, número 544, bajo el título de «La mujer, eterna niña». Yo creo que sobre todo eso de la «promoción, educación y concienciación de la mujer» está la verdad y la lógica. Y la verdad es que hay miles de mujeres inteligentes, como de hombres, que tienen sentido crítico, que analizan, piensan, observan y discuten —a pesar de esa educación diferente, a pesar de ese fallo cultural a que la autora alude, y que ya no existe en absoluto; a pesar de todas esas cosas tan manoseadas y archisabidas—. Mujeres que no son tontas, ni se dejan llevar, vencer o convencer, ni son más felices hablando de trapos, labores o planes, que con un buen libro entre las manos o situadas frente a una tarea de responsabilidad. Yo he conocido muchas, muchísimas mujeres nada vacías, que centradas en la verdad de la vida que las toca vivir y sin renegar de su sexo, han podido y pueden hacer ambos papeles. O sea, que, sin dejar a un lado esa formación específica, han abarcado con sencillez, naturalidad y valor la vida que les correspondió vivir y han sabido encajar, llevar o dirigir cualquier tipo de misión, social, carrera, oficio, vocación, etcétera, con la cabeza muy sobre los hombros. Casualmente, ¡hay que ver cómo lleva la mujer cualquier tarea de dirección, organiza-

ción o colaboración... con qué soltura, facilidad y rapidez de comprensión... con qué seriedad, firmeza, facilidad de adaptación, etcétera!

Por favor, no vamos a estar dando vueltas y vueltas a los problemas de nuestras bisabuelas. Que la mujer de hoy sea incapaz de decidir por sí misma, es inexacto y absurdo.

Donde la mujer verdaderamente ha encontrado y encuentra un verdadero tope —y es, sencillamente, porque ella lo ha querido, lo quiere y lo querrá— es en el hijo. Es el nacimiento del hijo o hijos lo que detiene a la mujer en su marcha ascendente, y en el que el hombre la lleva ventaja. La mujer, por su sexo, porque ni puede, ni debe, ni quiere renunciar a éste (y peor para la que lo haga), queda detenida, paralizada y suspensa. Todo se detiene ante el hijo: cargo, carrera, misión, vocación... Ahora bien —y es de lo que se tra-

ta—, la mujer debe continuarse a sí misma, en su dimensión absolutamente personal, en cuanto que los hijos sepan vivir por sí mismos y ya no la necesiten de manera apremiante.

Pero ya hace mucho tiempo que no hay problemas de primera ni de segunda infancia —ya tenemos bien cuidado las madres de ahora de educar a las hijas como a los hijos—. Pero entendámonos: la mujer que piensa, analiza, observa, discute y tiene aspiraciones; es así y así ha sido siempre, porque surge en ella de manera personal o individual y sin que ningún tipo de condicionamientos la detenga. Y la que se estanca en sus labores o su tontería, la que sigue pensando en el «filtré», el «crochet» o el baldosín, o es sencillamente porque ya nació tonta, infantil o incompleta, o porque la conviene así. ¡Es a veces muy cómodo y encantador dejarse llevar y que sean los otros

los que nos procuren el bienestar y nos concedan los caprichos! Lo demás son tópicos y maneras de darle vueltas a problemas que hace tiempo dejaron de existir.

Si cree usted de verdad que hay que enseñar a la mujer a pensar, discutir, criticar, ser dialéctica y luchadora..., yo la digo: ¡pocos grupos de mujeres actantes ha conocido usted y pocas mujeres ha tratado en general!... ■ **MARIA ELENA NEIRA. Madrid.**

CONSERVAS CON FECHA

Hace un par de días, al abrir una lata de conservas —concretamente de carne—, advertimos que el contenido no estaba en condiciones, por lo que tuvimos que tirarlo. Después, a título de curiosidad, examinamos detenidamente el envase para tratar de hallar alguna indicación referente a la vigencia

• POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA • POLÉMICA •

LOS ESPAÑOLES

Salvador de Madariaga, del que se recogía algún texto a propósito de la polémica del carácter nacional en nuestro número extraordinario «Los Españoles», nos ha enviado esta carta en la que muestra algunas coincidencias y bastantes discrepancias con varios de los trabajos que entonces publicamos.

Muy señor mío:
Agradezco a usted el envío del número especial de su revista, fechada el 9 de diciembre, y dedicado a los españoles. Lo he leído con mucho interés y puedo anticiparle mi conclusión: constituye, en su conjunto, una de las más fuertes ilustraciones y confirmaciones de mis dos tesis: que el carácter nacional existe, y qué es y cómo es el carácter nacional español.

La paradoja —si lo es— se resuelve con una de las

numerosas citas que se adjuncian en su texto. Hay que juzgar a las gentes no por lo que dicen, sino por lo que hacen. Con este criterio, puedo afirmar que, leído todo en el cuaderno, confirma que los españoles son gentes de pasión y que, por lo tanto, puestos en órbita de pensamiento, gravitan sobre el polo subjetivo del conocimiento abandonando el objetivo, que es la realidad. De donde los gigantes en vez de los molinos de viento, amén del "nonnes ha de ser", de Sancho.

Coincido con el señor Aranguren en que "este cuaderno nos habla mucho y bien del pasado de los españoles, pero muy poco o nada con el presente y de su porvenir". Por algo será. Sobre el mismo pasado, algo hay que decir. El artículo de Paulino Garagorri resume con claridad la polémica Américo-Albornoz. Claro que tiene razón Albornoz, pero Américo sólo pierde por apasionado. Su análisis

de lo conflictivo es agudísimo y todo este aspecto de las tres castas que pone de relieve es gran aportación a nuestra historia. Pero el apasionamiento hispano le llevó a menospreciar todo lo que no coincidía con él y a dar una importancia exorbitada a un hecho que no tiene tanta: que la palabra español fue se extranjera. Su tesis se reduce a que España no empuja a existir hasta ahora, que cobra conciencia de ser. Tanto vale sostener que una criatura no vive ni tiene carácter hasta los diez años. Pero Albornoz tiene razón en acusar la preexistencia de un carácter español (añado yo), ya perceptible en Viriato y que va variando, pero como varía una curva, dentro de su ley y ecuación.

La parábola en su vértice se parece al círculo, pero el círculo es una curva siempre igual a sí misma, mientras que la parábola, a poca distancia, se dispara al infinito. Sólo el matemático ve que



son relativamente fáciles de comprender.

Recuerdo que una vez intenté buscar vanamente en los catálogos de las principales editoriales una obra —«Dom Casmurro»— del escritor brasileño Machado de Assis. Sólo en una logré en-



responde de la emulsión, ¿por qué no hacer lo mismo con las conservas? Lo que en el caso precedente supondría una fotografía de mala calidad, en el de las conservas puede implicar graves molestias y trastornos en la salud. Creo que deberían obligar a que todos los envases de conservas llevaran dispuesto, bien visible, característico y normalizado, un espacio donde fuese preceptivo grabar la fecha del envasado y la del límite de garantía en el uso del contenido. ■ L. ALCANTARA. Madrid.

ANTE TODO, PERSONA

Es lógico que al leer la noticia de la inauguración del Banco de la Mujer, una piense que aquí se camina como los cangrejos, para atrás.

Mientras que por todas partes, tras los Pirineos o el mar, se clama por eliminar de una vez para siempre la

marginación de la mujer, aquí nos dedicamos a construirle un «Universo femenino», que tiene en su haber desde una educación especial (asignaturas de «enseñanza del hogar...»), pasando por profesiones eminentemente femeninas, como las de auxiliar del hogar, asistentes sociales, asistente técnico sanitario, etcétera (nótese la curiosa coincidencia, nada casual, de cómo el término auxiliar o asistir envuelven el mundo laboral de la mujer), hasta llegar a contar con un flamante Banco, cuyo dinero, probablemente, estará impregnado de suave femineidad.

Su directora afirma: «Es simplemente una especialización». Y esto recuerda algo a los colegios especiales para niños que no marchan al nivel normal. Prosigue: «Será tratar al público femenino con mentalidad femenina». Ante lo cual una se pregunta: ¿cuándo se nos empeza-

rá a tratar como personas, sin tomar el sexo como elemento clasificador para todo cuanto hacemos las mujeres? ■ T. G. DE LEON. Madrid.

PEQUEÑA ACLARACION

Veo con agrado que en el número 546 de TRIUNFO insertan ustedes mi escrito sobre el teatro de Buero; muy agradecido. Pero lo estaré más si me hacen el pequeño favor de aclarar en el próximo número que yo no resido en Madrid, sino en Santiago de Compostela: el error que han incluido es un tanto molesto, porque en mi escrito decía que yo estaba haciendo mi tesis doctoral, y se puede colegir de ello que soy profesor en la Universidad de Madrid, lo que no es cierto. Desde 1966 pertenezco al Departamento de Literatura Española de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago.

Espero que lo aclaren. ■ LUIS IGLESIAS FEIJOO. Santiago de Compostela.

CASTELLANO EN LA «TELE»

Prescindo —y ya es prescindir!— del lenguaje hablado en Televisión Española, que en pocos años destruirá, de no adoptarse medidas serias al respecto, nuestra lengua castellana. Pero ya sin más demora creo que se debe exigir, por lo menos a los locutores de oficio, cuando se trate de contratarlos, que sepan y quieran pronunciar correctamente el castellano. Porque ya mis pequeños dicen «nacional», «casador», «sien-sla...» por culpa de la pequeña pantalla. Todo el mundo encontrará normal que se rechace para locutor a un taratamado o a cualquier candidato incapaz de emitir los sonidos fundamentales de nuestra lengua. ■ CANDIDO MUÑO. Pamplona.

o caducidad. Y no encontramos ninguna fecha: ni de envasado ni de tope límite para su utilización. Si escribo a la sección «Lectores» de «mi» revista TRIUNFO, es para proponer una idea a mi juicio útil y necesaria. Si los carretes fotográficos traen en el envase exterior una fecha, más allá de la cual no se

LEMICA • POLEMICA • POLEMICA • POLEMICA • POLEMICA • POLEMICA

así tiene que ser. Los señores Maravall y Jiménez Lozano describen en sendos artículos, que no han menester elogios míos, fases distintas de esta curva de nuestro carácter.

Emocionante el Blanco White de Goytisolo, y prefiero no decir más sobre esto, tan sólo afirmar que es una ilustración perfecta de mi libro. Y luego viene el señor Tuñón de Lara, que en su perfil de la imagen del español entre los siglos XIX y XX no halla lugar para mi libro. Sus razones tendrá. Como las tendrá también don Antonio Elorza, que en su «Carácter nacional e ideologías» menciona y breve, pero puntualmente, analiza numerosas obras de mis contemporáneos, pero se limita a mencionar la mía sin analizarla.

Ahora bien, todos esos lugares comunes de que se quejan, el orgullo, etcétera, todo eso no está en mi libro. En mi libro hay una hipótesis: acción-pensamiento-pasión —un análisis de lo

que implica y un estudio paciente— como confirmación de que la hipótesis se cumple en todas las manifestaciones de la vida de los tres pueblos. Esto no se puede rebatir meramente hablando de «tópicos manidos». Pero yo tengo derecho a concluir: menosprecio de la realidad, gigantes por molinos de viento, subjetivismo, escasa capacidad para la ciencia.

Y así llegamos a las regiones. Nada diré de las reflexiones de mi paisano sobre Galicia, sino quizá que hubiera sido de interés general una interpretación de la supremacía, casi monopolio, del poder central por los gallegos. Montero Ríos, Villaverde, Bugallal, Besada, Canalejas, Casares Quiroga, Portela y Franco asoman a la pluma, sin contar los que se me olvidan. Pero el vasco y el catalán desempolvaban ahora del museo etnográfico ese argumento de la raza (cosa de perros o caballos), siendo así que los hombres los hace la Historia mucho más que los genes, y aún el

señor Solé-Tura erige una especie de alianza racial vasco-catalana que él parece fundar en un nordismo extraviado al Sur de los Pirineos, pero que en el fondo no creo tenga otra base que el hecho fortuito de ocupar catalanes y vascos las dos porterías de España. Se nos dice que Vicens Vives veía un movimiento obrero catalán «pactista» y gradualista, mientras que la tendencia anarquista sería cosa de murcianos, pero los hombres que tiran las bombas en Barcelona, y aun en Madrid, catalanes eran de nombre y habla, y el señor Solé-Tura no dice nada de la alianza de los patronos catalanes con Martínez Anido para impedir que el problema obrero de Cataluña se resolviera con sentido común desde Madrid.

Todas estas pretensiones raciales de vascos y catalanes se derrumban con dos palabras nada más: guerras carlistas. Para nada figuran las guerras carlistas ni en el artículo vasco ni en el cata-

lán. Si se les han olvidado a los autores, por algo será.

Del artículo de Caro Baroja tampoco diré nada. Es la mayor autoridad española sobre carácter nacional, puesto que es el único que ha demostrado que no existe sino como mito o como superchería. Su demostración consiste en probar que desde Estrabón acá son multitud los que han hablado del carácter nacional, que por lo tanto no existe. Otro negador de la realidad tenemos.

De la agresión de que los señores Michelena y Aranguren me hacen víctima, sólo diré que se inscriben de suyo en mi diseño del carácter nacional. Por no hallar dónde atacarme, han inventado cada uno su Salvador de Madariaga, y a él. De modo que otros dos imaginadores de gigantes, otros dos subjetivos. Gracias por el regalo para ilustrar mi libro, pero lamento que se hayan dejado rebajar por la pasión a un nivel inferior al que tienen derecho a esperar de sí mismos.

Un cuento, para terminar. Dos compositores españoles discutían en un café sobre el rugir de los leones. Uno, que en do mayor. Otro, que en si sostenido. (Este era además procurador en Cortes.) «Pues vamos a la Casa de Fieras (Zoo, creo que lo llaman ahora en castellanqui.) Allí se fueron y se pusieron a insultar a la fiera. Pero el león no tenía ganas de lería (como dicen mis paisanos) y no decía nada. Entonces, el del do mayor le apostrofó de traidor, y aún más que de traidor, de derechista, porque escribía en «ABC». El león, que era izquierdista, pero que, para despistar, escribía en «El Alcázar», aunque con seudónimo, se tuvo que indignar, y echó un rugido, pero, ¡ay!, en perfecto do mayor. El otro compositor, indignado, con el brazo extendido hacia el león (aunque guardando las distancias), le vociferó: «¡Así no se ruge!». ■ SALVADOR DE MADARIAGA.